

ALEX  
MILLER

*La  
última tentación  
de Autumn Laing*

Una cautivadora novela de amor prohibido, celos y traición.



# La última tentación de Autumn Laing

ALEX MILLER

Traducción de Borja Folch



*A Stephanie,  
a nuestro hijo Ross y nuestra hija Kate,  
y a Erin*

Las cosas más encantadoras de la naturaleza y el arte  
son fruto del engaño.

Vladimir Nabokov, *La dádiva*

## Índice

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

NOTA A ESTA EDICIÓN

# PRIMERA PARTE



## 1

**Año Nuevo de 1991**

Todos han muerto, y yo estoy vieja y demacrada como un esqueleto. Aquí es donde comenzó hace cincuenta y tres años. Aquí, donde estoy ahora, a la sombra de la vieja cochera, con las tablas combadas y caídas, en esta sofocante tarde de enero. Yo tenía treinta y dos años. Me he retirado del sol y el humo. El olor a papel humeante me ha seguido. El humo azul flota en las cuchillas de sol que cortan la oscuridad del interior, creando formas que imitan la obra de cierto pintor que hace tiempo admirábamos. Aquí hay cosas ocultas, cosas tapadas. La morada de los muertos, debería llamarlo. En la sombra, que es el lugar que me corresponde. No riáis. Es una vieja manía que tengo, este impulso de revolver la basura con la punta de la sandalia, con la esperanza (o el temor) de descubrir algo. Ya no soy una mujer. Ah, entenderéis todo esto enseguida. Anoche se me rompió la hebilla de la sandalia izquierda mientras arrastraba el colchón a la veranda para que me diera la brisa. En lugar de la brisa me di con el pie contra el peldaño. No tengo fuerza en las piernas. ¡Mis piernas! En los tiempos en que tenía la piel tersa lo seduje dejándole entrever la pureza de mis muslos nacarados,

viéndolo suspirar por mi contacto, con un nudo en el estómago. Por aquel entonces no había quien nos parara.

Ayer la vi en la calle. Y anoche estuve en vela hasta las tantas, pensando en ella. El aire me quemaba los pulmones a las dos de la madrugada. Se me ocurrió bajar a la orilla del río y tenderme sobre la hierba, debajo de la acacia, para aliviarme un poco. Pero ya no puedo hacerlo. Hace unos quince años que no bajo al río. Si fuese capaz de llegar a la orilla me tendería desnuda tal como hacía con él. Mi cuerpo pálido, quieto y frío a la luz de la luna. Boca arriba (siempre dispuesta, habría dicho Pat), mi vida y sus vidas bullen en mi mente. La de él y la de ella. Actualmente soy poco más que un esqueleto. No, si es divertido. Es lo que hay. Podéis reír cuanto queráis. Nunca me ha molestado la risa de los demás. Bien sabe Dios que se oyen muy pocas.

Hasta que ayer vi a Edith, estaba dispuesta a convertirme en ese cadáver pálido junto a la orilla. De verdad, lo deseaba. Tengo los medios para poner fin a mi vida en el fondo del cajón de la mesilla de noche. Pero anoche, en vez de morir, reparé mi sandalia rota con un trozo de cinta de seda púrpura que envolvía la caja de bombones baratos que me regaló esa tacaña que me visitó ayer. Si es que fue ayer. ¿Fue antes o después de que viera a Edith? No importa. Aparcó el coche —la mujer de los bombones, quiero decir, no Edith— delante de la puerta principal y rodeó la casa, acercándose entre los rododendros hasta la puerta de atrás como si fuese de nuestro antiguo grupo. Me sorprendió con el camión recogido y anudado en la cintura a las tres de la tarde, mientras me limaba los callos. Tendría que hacerme con un perro guardián. O con un arma. Se detuvo con un pie en el pretil de ladrillos que bordea el estanque de los peces (sin peces) y me sonrió, tendiéndome su regalo barato. Iba vestida de hilo blanco inmaculado. Sus gruesas facciones brillaban a causa del calor. Su gor-



dura le permitiría rodar colina abajo hasta el río. Es lo que pensé mientras la miraba.

—¿Quién es usted? —pregunté. Ojalá hubiese podido amenazarla, pero no tenía nada a mano. No pude levantarme enseguida, pero cubrí con el camisón mis espantosas espinillas. ¿Por qué las tengo siempre magulladas? La muy bruja no me había dado ocasión de esconderme, de recobrar mi dignidad y altivez. La verdad de mi decadencia, expuesta a su mirada. Mi fealdad. Sus ojos negros devorándolo todo. Escribiendo mi final. Ese fue su ardid, captar mi verdad más descarnada en el primer momento sin tener que esforzarse para ello. Llegar hasta Autumn Laing sin preliminares. Tiene la crueldad de un carroñero, y la misma suerte. Los conozco bien, a los carroñeros. Se alimentan de nuestra carne antes de que hayamos muerto. ¿Qué les importa a ellos la privacidad?

—Soy quien está escribiendo su biografía —dijo, más contenta que unas pascuas, rezumando amor propio. Gorda como una cerda, hubiese dicho Pat.

—Usted busca algo más que mi historia —le contesté. Puedo ser furibunda cuando toca—. No tengo nada que decirle. Váyase de aquí.

Subió el peldaño y me ayudó a ponerme de pie, ofreciéndome su regalo barato. Le saco un palmo de estatura pero no pude zafarme. Se aferró a mí.

—Lo que usted quiere es llevarse uno de sus dibujos en cuanto vea alguno suelto por la casa.

Tuvo el desparpajo de reírse ante mi insulto. Era firme como un noray. Su peculiar olor. La caja de bombones apretándome las costillas.

El lío de papeles y porquerías que tengo aquí. Debe de haber docenas de dibujos de él. Cientos. Antes pensaba que un buen día lo organizaría todo. Que contrataría a un

ayudante joven. Poner orden en esta casa. Cuando era joven me enorgullecía de ser una buena ama de casa. Me imaginaba nuestros papeles catalogados y guardados en cajas, listos para ser trasladados al archivo de la Biblioteca Nacional. Luego ya podrían trasladar mi cadáver al cementerio. Veía el final, mi final, así de ordenado y metódico. Siempre dije que me iría cuando estuviera preparada, aunque ahora no estoy tan segura. Conservo mis pastillas, pero en cualquier momento podría acozarme un ramalazo de pánico y verme incapaz de hacerlo. Eso es lo que más temo.

La arpía carroñera de la biógrafa me detuvo en la entrada, sujetándome el brazo. Para atraer mi atención hacia la exquisita sopera azul de Sèvres del perchero, dijo, que en ese instante iluminaba un rayo de sol. Como si yo no fuese a darme cuenta. Era una treta para convencerme de que tiene buen ojo, para hacerme saber que es una mujer cultivada. Pero no sabe lo que es el respeto. Le falta perspicacia. Apostaría a que no se fijó en la rajadura de la sopera. Se la hizo el propio Pat cuando tropezó contra el perchero un día que iba dando tumbos, borracho o desesperado. Tendría que habérsela regalado. ¡Tenga! ¡Llévesela! Un regalo de despedida definitiva.

Todos se han ido. Todos y cada uno de ellos. Excepto Edith, su primera mujer. La risa (por poco escribo masacre)<sup>1</sup>-y la pasión se han acabado. Ver a Edith por la calle me impresionó. Saber que todavía vive me dejó anonadada. Tuve que sentarme en un banco delante de la farmacia. La hija del farmacéutico salió a preguntarme si me encontraba bien.

—Si quiere, puedo llevarla a casa en coche, señora Laing.

Le dije que estaba bien. Solo quieren ayudar. No es culpa suya que sean unos estúpidos.

Anoche, tendida insomne al sereno (si es que realmente fue anoche y no hace semanas o meses; ¿o estaba en la veranda?), aguardando el amanecer, la presencia de Edith ante mí como un icono imperecedero. No estoy segura de por qué escribo esto. Salvo que es la verdad. La sensación que me daba. La persistencia de una visión casi religiosa. Una aparición convocada por mi culpa inconfesa. «Dejadme confesar y morir —dijo Tennyson—. Nadie muere inconfeso de buen grado.» Religiosos o no, buscamos la confesión y la absolución como un imperativo moral esencial para la conciencia humana, ¿no es así? Absolver significa liberar, y eso es lo que ansiamos, libertad. Jóvenes o viejos, es con lo que soñamos y por lo que luchamos. En realidad no sabemos qué queremos decir con ello.

Para cuando la autopista (toda una falta de libertad para vosotros) estaba despertando, ya sabía que, después de todo, no iba a disfrutar de una muerte apacible. Me hablaba despreocupada, con una tonta sonrisa en mis facciones tensas cuando la arpía carroñera me encontró. Ver a Edith después de todos estos años me arrebató la perspectiva de tener una muerte ordenada. Si Edith Black no había terminado con su vida, yo no acabaría con la mía. La pregunta que se negaba a dejarme dormir era si aún debía recompensarla con la verdad. Embarcarme en una confesión a la que él y yo nos resistimos tanto tiempo. A la que él se resistió. Sobre todo, la confesión a la que él se resistió. Lo que Pat nos negó, al fin y al cabo, fue su verdad. Y al negárnosla se la negó a sí mismo. Yo fui humillada y me quedé sin nada. Pero la mayor carga de nuestra crueldad sin duda recayó sobre Edith, abandonada y con un hijo. La crueldad de Pat siempre consistió en negar las cosas que lo incomodaban. Incluso en la grandeza de su expansivo arte, que abarcaba todo nuestro continente, se negaba toda verdad, se la relegaba a un lado del cuadro, al silencio. Y era

fabuloso. Su arte, quiero decir. No hubo nadie tan grande antes que él ni lo ha habido después, al menos en este país. Mi pobre y triste país. Este inmenso montón de escombros, según lo llamó alguien, al que tenemos en tan alta estima (es lo único que podemos tener en alta estima). Su visión me penetró el alma incluso antes de que él conociera la fuerza de aquella. Se lo di yo. Se lo abrí. Su país y el mío. Y juntos hicimos visible este país. Quiero reclamar mi parte en su arte y redactar el testamento de nuestra verdad. Un testamento sin el que sus cuadros permanecerán incompletos para siempre. Mudos para siempre. Sordomudos en la posteridad que habitan. La posteridad de Edith y su hijo. Sin mi testimonio, la aseveración de Pat de que su arte constituía una visión personal de su país y de su vida no es más que otro embuste en el velo de engaños con que cuidadosamente ocultaba su verdad. Un juego de manos en el que devino tan experto que le sirvió para engañarse a sí mismo hasta el final. ¿Quién puede decir bajo qué cubilete puso Pat Donlon su verdad?

Pat no era profundo. Era intuitivo pero no profundo. La profunda era yo. Yo la que se vio sola en la lucha contra los nudos y enredos de nuestra retorcida telaraña, mientras él navegaba en un aire despejado, sin dudar de sí mismo, pintando sus cuadros como si nadie más pudiera pintarlos. Así pues, en lugar de tomar mis cuatro pastillitas amarillas, escribiré esto. Luego las tomaré.

¿Ya he dicho que actualmente vivo sola? Todavía tengo a *Sheridan*, por supuesto (mi querido *Sherry*). Cumplirá dieciocho este año y en la vida de los gatos es incluso más viejo que yo en la vida de los humanos. Barnaby fue nuestro último amigo humano. Un pobre viejo tonto, al final. Su bastón de endrino sigue apoyado en el rincón donde lo dejó, junto a la puerta. Ahora no tengo a quien intimidar. A principios de verano se rindió a su persistente irritación con la vida. ¡Qué rabia! Fue muy egoísta de su

parte. ¿Cómo fue capaz? ¿No pensó en mí, sacando la tetera a la veranda de atrás sin nadie con quien cotillear excepto *Sheridan*? Cuando no hay otros humanos, un gato, incluso uno tan amado como yo amo a mi querido *Sherry*, no es suficiente compañía. Barnaby se quitó la vida (y me encanta la repetición) como si solo él pudiera quitársela. El puñado de ella que nos quedaba a ambos. Irse de esa manera tan triste, con la cabeza en una bolsa de plástico, como si fuese algo comprado en un supermercado. Un viejo debería haber adquirido más dignidad. Pero ¡qué estoy diciendo, Barnaby nunca fue viejo! Ni digno. Su lema seguramente era: «Para vosotros la dignidad, que yo me divertiré.» Hasta que sus padres murieron y la granja se vendió, cada año nos abandonaba uno o dos meses para volver a visitar su tierra natal y a su amigo de las Central Highlands de Queensland. Su hogar era una granja ganadera con el encantador nombre de Sofía, en lo más remoto de las montañas que llaman el hogar de los ríos.

«Voy a refrescar mi fuente —decía—. No os preocupéis, escribiré.»

Y lo hacía. Siempre nos instaba a visitarlo allí. Cuando por fin fuimos juntos con Pat, la visita cambió nuestras vidas. Pero ya os hablaré de eso más adelante.

Si conocías a Barnaby Green, al amado poeta galardonado de nuestro círculo, conociste a un hombre joven incluso en su decrepitud. Cada vez que se permitía un gesto patricio resultaba risible, pobre hombre. Quienes no lo conocieron ni lo amaron como yo lo conocí y lo amé lo consideraban un creído. Jamás hubiese predicho su suicidio. Me sorprendió. Me consternó. Me enfadó. Su suicidio hizo que me sintiera como si en realidad nunca lo hubiese conocido. Me sentí engañada. Traicionada. Sí, sentí que con su suicidio Barnaby me traicionaba. ¿Me había escondido una parte de su ser? ¿Su fuero interno? El suicidio de Barnaby,

casi tanto como ver a Edith en la calle el otro día (o cuando quiera que fuese), debilitaron las certezas que tenía sobre mí misma. Esto es lo que ocurrió. Estas cosas no son fáciles de entender. Y ya nadie se lo espera a mi edad. Me refiero a que la experiencia contradiga tus certidumbres.

Quizás hubiese estado preparada para encajar un gesto heroico de ese tipo por parte de los demás. Sus muertes no fueron sorprendentes sino que confirmaron la vida que habían llevado. Barnaby me dejó asombrada, haciéndome preguntas sobre mí misma. Y entonces aparece Edith. Como si un último sueño hubiese aguardado el momento más espantoso para caer sobre mí con su terrible exigencia.

Desde que el otro día vi a Edith mi memoria se ha convertido en la catedral de mi tormento. Pues bien, consagraré sus viejas piedras a mi verdad. ¿Estoy siendo grandilocuente? ¿Melodramática? Soy anticuada y no voy a intentar ser moderna. ¿Mi verdad, he dicho? También era su verdad. No la de Barnaby, sino la de Pat. ¿Acaso Barnaby tenía siquiera una verdad? ¿Un hombre de ilusiones tan etéreas, de una alegría tan primaria? Dudo que Barnaby cargara con el peso de la verdad el tiempo suficiente para hacerla suya. La verdad de Pat Donlon, quiero decir. La suya. Que quede claro. Es de Pat, nuestro más grande artista, si es el arte lo que renueva la visión que tenemos de nosotros mismos y de nuestro país, de quien quiero hablar aquí. Y de mí. De la tortura que acompaña a las grandes visiones. De eso y de la belleza y del espantoso precio del amor ilícito. La tortura de ver lo que otros todavía no han visto. La tortura de saber qué se ha mantenido oculto, invisible, en el silencio y la oscuridad de una obstinada negación. De todo eso. Del sufrimiento y la dicha sin límites. De acuerdo, sí, estoy siendo grandilocuente, pero ¡me gusta cómo suena!

Me bautizaron Gabrielle Louise Ballard. Desde el principio detesté mi nombre. Me negaba a responder al nombre de Gabrielle y mis hermanos me tomaban el pelo hasta hacerme llorar llamándome Gabby. Cuando mi querido tío Mathew vino de visita y me encontró llorando sola en el jardín, me sentó en su regazo, acarició mis encendidas mejillas con sus labios y me llamó su dulce Autumn dorada. Ese momento no lo olvidaré. Se irá conmigo a la tumba, como el amuleto de una princesa egipcia. Autumn es el nombre por el que se me ha conocido toda la vida. Ningún amigo me ha llamado de otra manera. Freddy me puso el diminutivo de Aught, cómo no, pero yo quería a Freddy y se lo perdoné. Le concedí, en realidad, que diera rienda suelta a sus sueños conmigo. Pero con Freddy siempre fue un juego. Vida. Nada más.

Hoy es 1 de enero de 1991. El primer día de Año Nuevo que estoy sola. Nací en 1906. Así que debo tener ochenta y cinco. ¿Correcto? Hay personas que conservan el vigor a los ochenta y cinco. Barnaby lo aparentaba. De cerca, no obstante, una veía el cielo vacío detrás de sus ventanas. Pero yo he obedecido las leyes bíblicas y me he convertido en una vieja bruja desfigurada. Aunque sigo siendo alta, soy maniática, voy encorvada y estoy flaca como... Bueno, flaca como lo que sea. Ya se os ocurrirá algo. Tengo el cuero cabelludo reseco, con manchas rojizas visibles a través de los pocos mechones de pelo plateado que conservo. Descolorido, en realidad, más que plateado. Esta es mi última oportunidad de decir la verdad. Debo recordarlo. Por eso llevo un pañuelo. Por mi pelo, quiero decir, no porque sea casi imposible ceñirse a la verdad. No es como los pañuelos de la reina, sino más bien un pañuelo del tipo que adoptaron los poetas beat de América y los piratas. Ajustado al cráneo. Tengo un cráneo alargado. Aun cargada de espadas, una vez vestida y en público mi aspecto es el de una mujer alta y altanera. Hoy mi pañuelo es